



ACTO SEGUNDO

Salón modesto en casa de Zazá, con muebles alquilados. En una mesa dos cubiertos. Una ventana en el fondo y dos puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

ZAZÁ, DUFRESNE y ROSALÍA.

(Al levantarse el telón Zazá y Dufresne están juntos terminando el almuerzo.)

ZA. De modo que es cosa decidida. ¿Vas a emprender un largo viaje?

DUF. Es necesario; hace tanto tiempo que lo tengo proyectado.

ZA. ¿Y durará mucho?

DUF. No sé. Según se presenten los negocios... Tres meses... quizá cuatro.

ZA. ¡Cuatro meses sin verte!

DUF. ¡Claro! ¡Un viaje a América!

ZA. Y pensar que cuando estás ausente cuatro días estoy como cuerpo sin alma. ¡Cuatro meses! Está muy lejos América, ¿verdad?

DUF. Muy lejos.

ZA. ¿Más lejos que Bruselas?

DUF. ¡Ya lo creo!

ZA. El sitio más lejano que yo conozco, es Bruselas.

DUF. Pues mucho más lejos.

ZA. (Se dirige a Dufresne. Pausa.) ¿Y hay mujeres en

ese país? (Reflexionando.) Siendo tan lejos serán todas negras.

DUF.

No.

ZA.

¿Amarillas?

DUF.

No.

ZA.

(Con inquietud.) ¿Serán mujeres como las de aquí? ¿Guapas?

DUF.

Guapas y feas.

ZA.

(Tomando lumbre del cigarro de Dufresne.) ¡Cuatro meses! ¡Yo me consumiré durante ese tiempo! (Pausa.) ¿No puedes llevarme contigo?

DUF.

No... Imposible.

ZA.

¿Por qué?

DUF.

El viaje es muy caro. Hay que cruzar el mar.

ZA.

Me es igual... yendo en un buque. No quiero llevarme nunca contigo.

DUF.

¿Cómo?

ZA.

Constantemente vas a París y pasas allí semanas enteras...

DUF.

Claro; como que allí vivo.

ZA.

También podría yo vivir en París.

DUF.

(Inquieto.) Vaya un capricho.

ZA.

¿Qué tendría de particular? Podría contratarme en el Alcázar o en otro café-concierto.

DUF.

En París no podría casi estar contigo; tengo allí muchos negocios que me impedirían verte con frecuencia.

ZA.

(Levantando la espalda.) ¿Negocios? No tendrás negocios por la noche. Además, no te he pedido que me lleves constantemente a tu lado: me hubiera contentado con pasar solamente dos días juntos en París, y no he podido conseguirlo nunca.

DUF.

Sé razonable.

ZA.

¿Qué cosas tienes! Si fuese razonable no estaría enamorada. En cambio tú razones por los dos. Si me amases como yo te amo... ¡Ya te detesto! Pero al menos dime que no es para marcharte con otra mujer, por lo que no quieres llevarme a América.

- DUF. No digas tonterías.
ZA. Y tú procura no hacerlas. Soy celosa, y si llegas a engañarme te juro que no tendrás reposo ni tú ni ella. ¡Te quiero tanto, y soy tan dichosa!
- DUF. Pues, ¿por qué te quejas?
ZA. Si no me quejo. Sólo temo perderte. Te quiero tanto, tanto... Yo no podía comprender que una mujer enloqueciese por un hombre, y a las mujeres enamoradas las llamaba bobas, cuando la verdadera boba era yo. ¿Recuerdas? La semana próxima cumplen seis meses que vivimos gozando de nuestro amor. Seis meses de felicidad... especialmente los tres primeros.
- DUF. ¿Por qué los tres primeros meses más que los otros?
ZA. Porque durante los mismos no se había presentado lo del viaje a América. Entonces sólo me abandonabas para ir a París, regresando pronto y siempre más enamorado. Nunca me hablaste de que debieras irte tan lejos, cuando de pronto mi señor Bernardo llega con el notición de su gran viaje a América... Y de que debe partir dentro de una semana.
- DUF. Y no he marchado aún.
ZA. Claro; como que estás aquí. Pero cada ocho días vuelta con el maldito viaje que me tiene loca.
- DUF. Es preciso, hija mía. Yo no soy rico y es necesario que trabaje. Hay obligaciones en la vida que debén cumplirse. El viaje debo realizarlo tarde o temprano. Pude retrasarlo hasta ahora, pero esto no puede prolongarse hasta lo infinito. ¿Acaso hubieras preferido verme marchar hace tres meses?
ZA. De ningún modo.
DUF. He hecho cuanto he podido, pero ya es necesario que me decida.
ZA. (Se levanta y apoya una rodilla en la chaise-longue

- ¿Qué será de mí cuando te vayas? ¡Dime que has de quererme siempre!
DUF. Claro que sí.
ZA. ¿Como ahora?
DUF. ¡Más, si cabe!
ZA. ¿Me escribirás a menudo?
DUF. Sí.
ZA. (Se sienta.) Pero yo no podré contestarte.
DUF. ¿Por qué?
ZA. Porque desgraciadamente soy tan rica en amor como pobre en ortografía, y no quisiera que te burlases de mí. ¡Y estando tan lejos! Tú no has visto letra mía aun. Mi escritura es como una escalera: sube y baja... y no es cosa que pueda halagar a un hombre. ¿Qué quieres? Mi educación le costó poco a mi madre. Cuando te escribiese: «Amor mío, te amo, soy muy desgraciada, todas las lágrimas de mis ojos son para ti», tu reirías de todos aquellos garabatos.
- DUF. ¿Qué tonta eres!
ZA. ¿Recuerdas, Bernardo, la noche del ensayo de la Revista?
DUF. Ya lo creo.
ZA. ¿Y el primer beso que allí me diste, aquí en el cuello?
DUF. Sí.
ZA. Lo siento aún. Si aquel día alguien me hubiera dicho que seis meses después estaría de esta suerte en tus brazos, qué dichosa hubiera sido... No me atrevía a esperarlo, no podía creerlo. Siempre que te marchabas me decía: ¿Volverá? Has vuelto, y al quedarte a mi lado he comprendido que me amabas y no podías pasarte sin mí. ¿Me quieres mucho, verdad?
DUF. Como a nadie en este mundo.
ZA. Pero te marchas al otro... a América. ¿Y cuando vuelvas dentro de cuatro meses, me amarás aún? Si; ¿no es cierto? No podría vivir sin ti. No, no; no podría; no podría.

DUF. (Le abraza y se levanta.) Pues es necesario que vivas sin mí.

ZA. (Espantada.) ¿Como?

DUF. Por dos días: salgo para Paris ahora mismo.

ZA. (Triste.) Y cuando regreses será para decirme que te vas a América.

DUF. Quizá, pero no inmediatamente.

ZA. (Con viveza.) Decías...

DUF. Que no sé si podré retardar un poco la marcha

ZA. (Celosa.) ¡Ah! Cállate. (Se levanta y le abraza, sentándose en la mesa.)

DUF. Si, si, te lo prometo. Procuraré marchar lo más tarde posible.

ZA. Qué bueno eres. Cuánto te quiero. (Le abraza.)

DUF. Ahora deja que me vaya. No dispongo más que de media hora y he de recoger la maleta en el hotel.

ZA. (Llamando.) ¡Rosalia! (Entra Rosalia.) El gabán del señor Dufresne. (A Dufresne.) ¿Cuándo volverás?

DUF. Pasado mañana. Ya te pondré telegrama.

ZA. (Rosalia entra con el abrigo.) Toma. (A Rosalia.) ¿Lo has cepillado? (Le ayuda a ponerse el abrigo.) Ahí están los guantes y el sombrero.

DUF. Gracias.

ZA. ¿Olvidas algo?

DUF. No.

ZA. Oye. Luego iré a la estación a despedirte. ¿Quieres?

DUF. Sí.

ZA. ¿No me abrazas antes de marcharte? En la estación en presencia de todos no está bien. (Suena la campanilla y Rosalia sale de la puerta a.)

DUF. ¡Adiós, hermosa! ¿Pensarás mucho en mí, verdad?

ROS. La señorita Simona pregunta por usted.

ZA. Entra, chiquilla, entra. (A Dufresne.) Hasta ahora. (Sale Dufresne por la puerta Z.)

ESCENA II

ZAZÁ y SIMONA. Inmediatamente después de haber salido Dufresne, Zazá se dirige a la ventana, la abre y mira.

ZA. Se va, se va a Paris. ¿Permites, eh? Soy contigo en seguida. Cuantas veces sale, he de ver como se aleja. ¿Qué andar tan marcial, verdad? Me gusta un hombre de buenos andares; el paso firme, la cabeza levantada y el cuerpo erguido. Se ve que es todo un hombre. Mira, ahora vuelve la cabeza para verme. (Le echa besos.) Nunca deja de hacerlo, porque sabe que estoy aquí. Y después, vuelve la esquina... (Suspirando.) y se acabó. (Abandona la ventana, coge el corpiño y los zapatos y se calza mientras habla.) Bueno; siéntate aquí, rica. ¿Me permitirás que me vista? Debo ir a despedirle a la estación: mientras, puedes hablar cuanto quieras. ¿Y tú, cómo estás? ¿Qué es de tu vida? Hace un siglo que no te veo. ¿Qué te trae aquí?

SIM. ¡Oh! Sufro mucho, señora Zazá.

ZA. (Poniéndose los zapatos.) ¿Sufrimiento, eh? ¿Qué ha pasado? ¿Te ha dejado tu Emilio?

SIM. ¡Oh, no! Todo lo contrario.

ZA. ¿Te quiere mucho?

SIM. Ya lo creo.

ZA. ¿Y tú, le quieres?

SIM. Con toda el alma.

ZA. Siendo así, ¿qué te preocupa?

SIM. Lo que usted sabe... que abandoné el café concierto.

ZA. Has hecho bien. Una joven agraciada como tú no debía estar con ese Malardot. Su casa no es un café-concierto, sino un almacén de gallos. No te convenia.

SIM. Ahora estoy con Emilio.

ESCENA VIII

Dichos y ELVIRA por la izquierda

- ELV. ¡Alfredo! ¡Alfredo!
 ROB. ¡Alto allá, señora!
(Alfredo se detiene a la puerta del foro para mirar desesperadamente a su esposa. El coronel Gastón le indica, con un ademán, que siga adelante. Después de este breve cuadro de sensación, Alfredo vase por el foro y continúa el diálogo.)
- ELV. ¿Dónde llevan a mi marido?
 ROB. Su esposo ha sido arrestado por la Justicia militar.
- ELV. ¡Misericordia divina! Eso no es posible... Mi esposo es inocente... ¿lo oyen? Es inocente.
 ROB. Tanto mejor para él si así resulta del proceso que se le instruye.
- ELV. ¿Y quién ha urdido esa infame intriga?
 GAS. Señora; no hemos venido a esta casa para oír insultos.
- ELV. ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Estoy loca! ¡Desesperada!
 ROB. Con su permiso hemos de llevar hasta el fin nuestra penosa misión.
- ELV. ¿Hasta el fin? *(Aterrada.)*
 ROB. Nuestro deber es el de registrarlo aquí todo.
 ¡Ay de usted, señora, si comete la menor imprudencia!
- GAS. Cualquier acto irreflexivo puede atentar contra la vida de su esposo.
- ELV. ¡Misericordia!
 ROB. Concluyamos. ¿Dónde se halla el despacho del capitán?
- ELV. *(Señalando a la derecha.)* ¡Allí! ¡Allí!
 ROB. Vamos, mi coronel, vamos a practicar un mi-

nucioso registro. *(Luego dice al coronel al hacer mutis.)**(Si no encontramos nada, prueba de ocul-tación.)*GAS. Y de culpabilidad. *(Vanse por la derecha.)*

ESCENA IX

ELVIRA

- ELV. ¡Siento que me faltan las fuerzas! ¡Qué angus-tia tan horrible se apodera de todo mi sér!
 ¡Quiero llorar y no puedo! ¡Tengo un nudo en la garganta que me ahoga!

ESCENA X

Dicha y GERARDO por la izquierda

- GEN. ¡Elvira!
 ELV. ¡Genaro! ¡Se han llevado a mi esposo! ¡Sálva-le! ¡Devuélveme la vida!
- GEN. ¡Valor, hermana mía! ¡Valor! Aún estoy yo en el mundo para deshacer este error de la jus-ticia. Mi vida y mi fortuna ya no tendrán más objeto que redimir al inocente... ¡Y si esta maldad no es obra del capricho de la suerte y sí de los hombres, yo aplastaré al autor miserable aunque se oculte en las entrañas de la tierra! ¡Lo juro por el Dios del Sinaí que es el Dios justiciero y vengador de nuestra raza!
 ¡Adiós, hermana! *(Vase por el foro.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

blanco. (A Simona.) Hay que cambiarle el forro. A la noche te daré lo necesario para arreglar el corpiño. ¿Y cuidado con fatigarte, eh? (Le da un beso y sale rápidamente por la puerta Z.)

ESCENA III

SIMONA, ROSALÍA

SIM. ¡Qué buena es la señorita Zazá!

ROS. (Arreglando el paquete en la mesa A.) ¡No hay otra mejor! ¡Y generosa!... ¿Y usted ha vuelto a trabajar de costurera?

SIM. Sí, Rosalía.

ROS. Aquí hemos cambiado mucho. La señora, que antes recibía a todo el mundo, ahora no quiere ver a nadie. Únicamente el señor Dubuison no pierde la esperanza. Le ha puesto de patitas en la calle más de veinte veces, pero ni por esas: continúa el asedio al día siguiente. ¡Y el señor Cascart! ¡Oh! Nunca hubiera creído que la señora pudiese prescindir de él.

SIM. ¿Cascart?

ROS. No parece por aquí.

SIM. ¿Entonces?...

ROS. La señora vive con el señor Dufresne, como usted vive con el señor Emilio. No puedo decir más. (Mientras sostenían el diálogo, Rosalía ha dejado listo el paquete y lo ha entregado a Simona.)

SIM. ¿Está ya?

ROS. Ahí va el vestido.

SIM. Volveré mañana por la mañana. Buenos días, Rosalía.

ROS. Buenos días, señorita. (Suena el timbre.) ¿Quién será. (Se dirige a la puerta para abrirla, seguida de Simona.) ¿Es usted, señora Anais?

SIM. (Saludando a Anais que entra por la puerta Z.) ¡Señora!

AN. ¡Señorita! (Sale Simona.)

ESCENA IV

ROSALÍA y ANAIS

AN. ¿Está fuera mi hija?

ROS. Acaba de salir, pero regresará dentro de poco.

AN. Siendo así esperaré.

ROS. Ha ido a la estación para despedir al señor Dufresne.

AN. ¿Se vá? Ojalá no volviese.

ROS. Volverá pasado mañana.

AN. (Se sienta en C.) Peor para Zazá. ¡Ah! ¡Qué triste es para una madre ver que la hija de sus entrañas desoye sus consejos! ¡Podría ser rica y asegurarme una posición, pero, ¡quía! No piensa en su madre, sólo piensa en ese hombre. Puedo asegurarte que una fortuna no se encuentra por gusto al volver una esquina. ¡Si yo hubiese dado con ella no estaría como estoy! ¡Y cuidado que no fué por no buscarla! El señor Dubuison es un hombre formal y ella no puede encontrar otro mejor. ¿Pero por qué se le ha metido en la cabeza no querer recibir a nadie? Ni a Cascart.

ROS. Yo creí que estaba usted en malas relaciones con él.

AN. ¿En malas relaciones? Claro que no puedo tenerlas muy buenas con el hombre que me ha separado de mi hija; pero cuando le comparo con el señor Dufresne, me veo obligada a hacerle justicia. Cascart comprendía su situación: no acaparaba a Zazá. Y si hubiese tenido algunas atenciones conmigo... ¿entiendes? porque... una madre... antes que nada debe hacer respetar su dignidad. (Suena el timbre.)

ROS. Será la señora. (Va a abrir. Entra Cascart.)

AN. (De pie.) ¡Cascart!

ESCENA V

CASCART, ANAIS, ROSALIA

CAS. (A Rosalia.) ¿Está la señorita?
 ROS. Pronto volverá. Ahí tiene usted a la señora Anais que la espera.
 CAS. ¡Ah! ¡Señora! (Saluda a Anais.)
 AN. (Saludando.) ¡Caballero! (Se sienta.)
 CAS. También la esperaré.
 ROS. Puede usted sentarse.
 (Sale por la puerta X. Cascart, sentado en la chaise longue, enciende un cigarrillo. Ambos personajes se miran con curiosidad y están un momento silenciosos.)
 AN. Y bien, señor Cascart.
 CAS. Y bien, señora Anais.
 AN. ¿Qué dice usted de lo que ocurre?
 CAS. ¿Y usted qué piensa de ello?
 AN. Pienso... pienso que no puede continuar así.
 CAS. ¡Ah! Pues yo creía que estaba usted satisfecha.
 AN. ¿Yo?
 CAS. ¡Claro! Sea usted franca: usted me tenía poco cariño.
 AN. Perdone usted, señor Cascart.
 CAS. Déjese usted de dengues. Usted no podía resistirme y no se preocupaba por ocultármelo.
 AN. Señor Cascart, antes que todo soy madre. Usted me robó el corazón de mi hija; no puede usted negarlo.
 CAS. ¿El corazón?
 AN. Usted no podrá pedir a una madre que quiera al hombre que le ha robado el corazón de su hija; no podía usted...
 CAS. ¡No!
 AN. Pues bien: como madre le detesto... (Se levanta.) pero ello no impide que como hombre le aprecie a usted. No me extraña que mi hija haya hecho tonterías, teniendo en

cuenta que usted la enseñó el camino de la ingratitude, y además la privó de los consejos de su madre. ¿Quién tiene, pues, la culpa de lo sucedido?
 CAS. ¿De modo, que reconoce usted que ella se ha equivocado.
 AN. Ya lo creo. (Se sienta a la chaise longue, al lado de Cascart.) ¿Qué se propone? ¿Dónde irá a parar, señor Cascart?
 CAS. No lo sé, señora Anais. Cuando una mujer empieza a dar tumbos por la pendiente, es imposible decir donde parará. Usted debe saberlo.
 AN. Sí, sí. Y además, ¿quién es ese hombre?
 CAS. Ahí duele.
 AN. ¿Tiene usted algo que confiarme?
 CAS. Sí.
 AN. Pues suelte la sin hueso.
 CAS. Esté usted tranquila que cuando sea necesario no enmudeceré. Comprendo que Zazá está en la edad de divertirse; pero no debe abandonarnos a todos para entregarse a un hombre que no está en condiciones para crearle una posición.
 AN. De modo que él no tiene...
 CAS. Nada, señora Anais, nada. ¿Y ella le manda a usted aun la modesta pensión que la había señalado?
 AN. Hasta el presente, sí... pero antes me hacía algunos regalillos...
 CAS. ¿Y ahora?
 AN. ¡Los ha suprimido!
 CAS. ¿Ve usted? ¡Anda mal de dinero! Ya sabe usted que con nuestros dños hemos alcanzado grandes éxitos; que en todas partes quieren contratarnos; que nos hacen proposiciones soberbias, pero, ¿querrá ella aceptarlas?
 AN. ¡Oh!
 CAS. Si lo dicho no gusta a ese caballero, ¿qué quiere usted que haga? Pues iré a buscar otra artista para mis dños.

AN. ¡Oh, no! Usted no lo hará
CAS. Yo no puedo cantar dúos individualmente.
AN. Es necesario que Zazá firme con usted.
CAS. Sí, ¿pero cómo?
AN. Es necesario que entre en razón; hay que separarla de Dufresne. Mientras él esté aquí...
CAS. No conseguiremos nada: es cierto.
AN. ¿No podríamos hallar un modo para hacerles tronar?
CAS. Es posible... pero...
AN. ¿Qué?
CAS. No me atrevo a causarle un pesar.
AN. Siendo por su bien... ¿porque no? ¿No es verdad?
CAS. Claro que sí.
AN. ¿Qué queremos nosotros? Que ella se cree una posición. (De pie.) Cascart: si no me quita usted a ese hombre de en medio, soy capaz de hacer una barbaridad. (Suena el timbre.)
CAS. ¡Chitón! Es ella.
AN. Tiene usted la aprobación de su madre y puede usted abordar la cuestión como guste. (Cascart se dirige hacia la derecha.)

ESCENA VI

CASCART, ANAIS, ZAZÁ

AN. (Yendo a su encuentro.) Buenos días, hija mía.
ZA. ¡Oh, mamá! ¿Cómo estás? (Se apercibe de Cascart.) ¡Cascart! ¡Mi querido Cascart! ¡Cómo te agradezco la galantería de venir a verme!
CAS. Necesito hablarte.
(Zazá se quita el sombrero y el abrigo.)
ZA. Hacia tiempo que no parecías por acá. ¿Y me habeis esperado juntos?
AN. Sí.

ZA. ¿Sin arañaros? Es un milagro.
AN. ¿Y por qué? Dos personas bien educadas pueden hablar sin tirarse los trastos a la cabeza. Nunca nos hemos peleado.
ZA. Pero poco le ha faltado.
AN. Creo que tenéis que hablar y os abandono. Llamadme cuando terminéis. (Sale por la puerta Z.)

ESCENA VII

CASCART y ZAZÁ

ZA. (Arreglándose el pelo junto a la chimenea.) Mi buen Cascart; cuanto me alegro que hayas venido, porque hacía un siglo que no te veía. (Dirigiéndose a él.)
CAS. (Levantando las espaldas.) Sabes de sobra el por qué. (Cascart cruza paseando con Zazá.)
ZA. Sí; ya sé que parezco una ingrata, pero no lo soy. Yo te quiero siempre, es la verdad. No puedo olvidar el tiempo que hemos pasado juntos y todo lo que te debo y has hecho por mí. Quisiera que se presentara la ocasión para demostrarte que Zazá no es una ingrata.
CAS. ¿Una ocasión que te molestara poco?
ZA. ¡Oh, no; no digas eso! ¿Querías hablarme?
¿De qué se trata? (Se sienta en C.)
CAS. (Se sienta en F.) Quiero hablarte de contratas.
ZA. (Sin interés.) Ya.
CAS. Es necesario decidirse, sino estropearemos la temporada y se nos escaparán las escrituras provechosas.
ZA. ¿Qué proposiciones hacen?
CAS. Ya te dije que la de Marsella...
ZA. No; está demasiado lejos; casi al lado del infierno. ¡Muchas gracias! Podrían hacer proposiciones para el Tonkin.
CAS. ¿De modo que no quieres ir a Marsella?

- ZA. No; ya he dicho que estaba demasiado lejos.
- CAS. ¡Bueno! Si no quieres alejarte, ya sé lo que te conviene. Cuando Malardot ha sabido que nos hacían buenas proposiciones para Marsella, ha decidido quedarse con nosotros.
- ZA. ¿Quedarnos aquí?
- CAS. ¡No dirás que esté lejos!
- ZA. No... Pero...
- CAS. ¿Pero qué?
- ZA. Que está demasiado cerca.
- CAS. ¿Cómo?
- ZA. Conozco aquí demasiada gente.
- CAS. No tienes más que amigos.
- ZA. Con exceso, y los tengo vistos hasta la saciedad. Además todo el día me asedian y no puedo dar un paso sin ver cierta gente que quisiera que se llevase el diablo. Y Zazá por aquí, y Zazá por allá... (Se levanta y se dirige hacia la derecha.) Me fastidian... No parece sino que tienen algún derecho.
- CAS. (Animándose, se levanta y pasca.) Has de comprender que a tu edad y en la posición en que te hallas, no puedes vivir de esta manera... sin recibir a nadie; no puedes hacer la vida del conejo metido en la madriguera. Y si quieres continuar así, déjate de conciertos y entra en un convento.
- ZA. Soy libre y puedo vivir como me acomode.
- CAS. Mejor dicho: como él guste.
- ZA. Y vuelta a lo mismo; y además, eso es cuenta mía.
- CAS. (Calmándose.) Soy tu amigo y antiguo camarada y no he venido aquí para hacer tonterías propias de hombre celoso. No, no me preocupo de mí, sino de ti. (Obedeciendo a la insinuación de Cascart, Zazá se sienta en la chaise longue.) Deja que te hable en forma razonable. Que tengas un amante nada tiene de particular; pero comprenderás que no puede durar toda la vida.

- ZA. ¿Así lo crees? Tanto peor si no dura.
- CAS. ¿Lo quisieras? Hace seis meses que estás con él; puedes estar seis años; pero en definitiva será lo mismo.
- ZA. ¡Eso pido! ¡Ah, si toda la vida pudiera ser lo mismo!
- CAS. ¡Quita, que eso no es serio! Sé franca y dí que se trata de otra cosa. Te habrá prometido la mar y sus arenas.
- ZA. No.
- CAS. ¿Has soñado, quizá, que es suficientemente rico para crearte una posición? Pues te has engañado: no es rico.
- ZA. Ya sé que no es rico. Además nada me ha prometido.
- CAS. ¿Pues entonces, qué esperas?
- ZA. (Con simplicidad.) No espero nada; tengo todo lo que deseo. Sólo quiero que esto continúe, y nada más.
- CAS. (Levantándose.) Supongo no esperarás que se case contigo.
- ZA. No.
- CAS. (Yendo hacia ella.) ¡Y aunque se casara! ¿Qué será de ti en definitiva? Te convertirías en en mujer modesta, habiendo podido ser rica y libre para divertirme mientras sonrío la juventud. ¡Esta es la vida agradable para una mujer!
- ZA. Lo más agradable para una mujer, es vivir con el hombre a quien se ama.
- CAS. Si la pasión estuviese siempre a la misma altura, claro que sí... pero como las cosas cambian...
- ZA. ¿Quieres suponer que yo puedo amar a otro hombre como a Bernardo?
- CAS. Claro.
- ZA. ¡Pues no es verdad!
- CAS. No exageres.
- ZA. ¿Por qué dices eso?
- CAS. Porque has amado a otro antes que a él.
- ZA. ¿A quién?
- CAS. A mí.

- ZA. (Levantándose.) ¿A tí? Nunca. Ni en sueños.
CAS. ¿Cómo?
ZA. ¿Amarte a tí? (Levantando las espaldas y dando una vuelta al rededor de la chaise-longue.) Tú lo creiste y quizás yo también estaba convencida que aquello era el amor y que no podía sentirse por un hombre otra cosa que la que yo sentía por tí; no podía imaginar... Pero, no; nunca sentí amor por tí y tú tampoco por mí.
CAS. ¡Hola! ¡Hola!
ZA. ¡Me parecías chiel! (Cascart se sienta en C.) me guardabas muchas consideraciones; me gustabas; tú note aburrías a mi lado. ¡Claro que no! Eramos buenos amigos, y esto es todo. Nuestro cariño nunca nos quitó el sueño... Además mientras estuve contigo, yo... yo... (Hace la señal del cornudo) y tú lo sabías... ¿A eso llamas amor? Ah no, no; deja que me ría.
CAS. Me parece que...
ZA. Quita, quita, que nunca hemos llegado nosotros a tales alturas... ¡Lo que se siente cuando se quiere de veras!... Eso...
CAS. ¿Qué?
ZA. De nuestra amistad al verdadero amor...
CAS. ¿Qué? (Se levanta y pasea.)
ZA. (Se pasea también.) En fin, es el día y la noche.
CAS. Lo que dices no tiene sentido común. Tu amor es una humorada.
ZA. ¿Qué sabes tú de eso? ¡Creo que te conozco a fondo! Tú hablas de ello como un ciego de los colores. No vale la pena de discutir. Lo que te hace hablar así, es el resquemor natural que siente un hombre cuando le han substituído. No te obstines, pues. Soy feliz y es inútil cuanto me digas. Déjame vivir como vivo y continuemos siendo buenos amigos.
CAS. (Animándose.) Estás loca. Soy tu amigo, tu verdadero amigo, y es difícil halles otro como yo; pero ya que en esta ocasión se

- trata de tí, he de insistir en que tu amante te ha hecho perder la cabeza y si continúas así, acabarás por perderlo todo. Más tarde te arrepentirás.
ZA. Bueno; es cuenta mía.
CAS. Esas cosas no pueden durar toda la vida. Si tu no te cansas primero, se cansará él.
(Da la vuelta a la chaise-longue.)
ZA. ¡Cállate! ¿Qué entiendes tú de eso? No soy tan imbécil como imaginas. Hay cosas que no pueden engañar a una mujer. Tu no sabes qué... Pero no, no puedo decírtelo. Le tengo cogido, es mío, mío, y que venga quien quiera a quitármelo. ¡Es mío! ¡Es mío! (En el centro del escenario.)
CAS. ¿Tuyo? Pero si no le conoces ni nada sabes referente a su vida, familia, negocios, fortuna... ¿Qué sabes de él? Ni siquiera si es casado o soltero. (Paseando.)
ZA. ¡Oh! Estás completamente loco. ¡No, no es casado ni piensa en ello! ¡Casado! ¡Tú estás malo de la cabeza! ¿Un hombre que durante seis meses ha vivido casi constantemente conmigo? ¿De dónde diablos sacas semejantes ideas?
CAS. Pues bien, si no está casado, tiene por lo menos un lío.
ZA. (Aturdida.) ¿Qué dices?
CAS. Digo que tiene un lío en París.
ZA. (Se levanta, se dirige a Cascart, le coge por las solapas del abrigo y le mira fijamente, con angustia.) ¿Y cómo lo has sabido?
CAS. Cálmate.
ZA. ¿Cómo lo has sabido, repito?
CAS. Desde el momento en que no quieres ser razonable, hay necesidad de advertirte; decir la verdad. Comprenderás que yo no podía...
ZA. Has empezado a hablar y es necesario que lo digas todo. ¿Cómo lo has sabido?
CAS. Le ví en el teatro de Variedades con una mujer.

ZA. ¿Cuándo?
CAS. La semana pasada. ¿Recuerdas que fui a París?
ZA. ¡Con una mujer!
CAS. ¡Sí, con una mujer que no era una cualquiera! Veinticinco años, tipo de persona decente, distinguida, elegante, hermosa... La pareja no se escondía; estaba en primera fila. A la salida pasaron junto a mí en el preciso momento en que ella le decía: Antes de ir a casa, acompáñame a tomar chocolate. (Zazá deja a Cascart y se sienta. Pausa.) Si le hubiera visto con una mujer cualquiera, nada te hubiera dicho... Pero puedes creerme, se trata de algo serio. Era necesario que te advirtiese. (Se dirige a la ventana y mira.)
ZA. (Muy conmovida y reflexionando.) ¡Te lo agradezco! (Silencio.) No puede ser su mujer, viviendo como ha vivido conmigo durante seis meses. Tener tipo de persona decente no prueba nada. Se ven tantas arpías que tienen apariencias de santitas. Es una mujercuela, no hay duda. ¿Dices que es guapa?
CAS. Sí.
ZA. ¿Rubia?
CAS. Sí.
ZA. ¿Delgada?
CAS. Esbelta, fina, con hermosos ojos... En una palabra: hermosa. (Silencio.)
ZA. (Descompuesta.) Y tú hace ocho días que estás enterado de todo y te has quedado mudo, sin advertirme nada, sin decir esta boca es mía... muy bien.
CAS. Como no querías que me mezclase en tus asuntos...
ZA. Debías callarte o hablar oportunamente. De haberlo sabido ayer, podía impedir que se marchase hoy. Pero en este instante ya estará con ella para pagarle otro chocolate.
CAS. Pero...
ZA. ¡Y tú tienes la culpa de lo que ocurre!

¿Cuándo acabarás de mirar como una mar-
mota? Pero eso no quedará así.

ESCENA VIII

ZAZÁ, CASCART, ANAIS; después ROSALÍA

AN. (Asomando la cabeza por la puerta que está entreabierta.) ¿Qué ocurre, hijos míos? ¿Disputáis?
ZA. (Febrial toda la escena.) ¡Tiene un lío!
AN. ¿Cascart?
ZA. (Paseando.) ¡Sí, Cascart! Por mí, puede tener diez si quiere. ¿Qué me importa?
AN. ¿Pues quién?
CAS. El señor Dufresne.
ZA. ¡Y sí! Nunca atiende a lo que se habla; parece que estás en la luna.
AN. (Escandalizada.) ¡Un lío! ¡Oh!
ZA. ¡Sí, una amante en París, que la lleva al teatro y a la salida le paga el chocolate!
AN. (A Cascart.) ¿Es cierto lo que dice, señor Cascart?
CAS. Sí.
AN. No me extraña. Tenía tipo de eso: yo nunca me había fijado en él. Una mujer. ¡Qué horror!
ZA. (Sentándose en la mesa A.) ¡Es una infamia! ¿No es cierto?
CAS. ¡Qué infamia! ¡No hay para tanto! ¡Al fin y al cabo no eres su esposa!
ZA. ¿Le defiendes?
CAS. Cálmate.
ZA. ¿Le defiendes? ¡Está bien! Siempre os apoyáis entre vosotros.
AN. (A Cascart.) Nunca hubiera creído que fuera usted capaz de defenderle.
ZA. ¡No tenía el derecho de engañarme!
CAS. (Levantando las espaldas.) ¿No tenía el derecho? (Paseando.)
ZA. No.

CAS. Te repito que no estáis casados.
 ZA. Pues por eso. Se comprende que se engañe a la mujer, pero nunca a la amante. Que un marido engañe a su mujer es cosa natural porque se ve obligado a ser siempre su marido. Pero a él nadie le obligó a dirigírseme con aire de enamorado para lograr que yo le correspondiese apasionadamente... Y todo por... ¡Ah! Si supieras, Cascart, cuanto sufro! (Solloza sobre las espaldas de Cascart.)

AN. ¡Pobre mártir! ¡Consuélate, angel mío, que aún te queda tu madre! Tu Dufresne es un pillo.

ZA. (Llorando.) ¡Sí, sí!

AN. ¡Y un sinvergüenza y un canalla!

ZA. ¡Sí, sí, sí!

AN. Abandónale inmediatamente.

ZA. (Con energía.) ¡Jamás!

AN. Hija mía, piensa en tu dignidad de mujer.

ZA. ¿Mi dignidad? Me río yo de mi dignidad. ¡Abandonarle! ¡Están verdes!

AN. ¿Pues que vas a hacer?

ZA. Ir a buscarle.

CAS. ¿A París?

ZA. A París. (Llama.) ¡Rosalia! (Durante el final de la escena Zazá se viste, arregla su maletín en el que pone algunos objetos de tocador, se peina, se calza los guantes, etc.) ¡El no quería que fuese a París! ¡Pues ya verá lo que es bueno! (Llama.) ¡Rosalia!

ROS. (Entrando.) ¡Señorita!

ZA. Dáte prisa. Trae el abrigo y un sombrero. (Durante el resto de la escena Rosalia ayuda a Zazá.) Quiero tomar el primer tren que es un ómnibus. El tomó el express.

CAS. ¿Y qué vas a hacer?

ZA. Cuando esté allí, decidiré.

CAS. ¿Tienes su dirección?

ZA. Sólo tengo la de su casa de comercio. En ella me darán razón de su domicilio.

AN. ¿Irás a su casa?

ZA. ¡No que nó! Crees tú que voy a París para ver la torre Eiffel.

AN. ¿Te vas sola?

ZA. Pierde cuidado. No voy a extraviarme... Pero quizá tenga necesidad... Me llevaré a Simona... ¡No es mala la cencerrada que le espera a la señora del chocolate! Ella o yo. Es necesario que escoja.

AN. ¿Y si es ella la elegida?

ZA. ¿Ella? ¡Quiá! ¡Seré yo! Me quiere, ¿entiendes? ¡No es posible que dude! Será algún belén antiguo del cual no se habrá podido desembarazar. Yo lo acabaré todo.

AN. Quizá no le guste tu presencia.

ZA. ¡Claro que no! Pero, ¿qué importa? Adiós, mamá. Quédate aquí.

AN. Eso es. Yo guardaré la casa.

CAS. Te acompaño a la estación.

ZA. (A Cascart.) ¿Has dicho que era guapa?

CAS. Mucho.

ZA. Y yo no estaré allí hasta mañana a las once. ¡Ah! Espera que yo te pagaré el chocolate. (Salen por Z.)

TELÓN

FIN DEL SEGUNDO ACTO